

# Samuel Beckett

## Cómo dignificar el sinsentido

La Uña Rota acaba de publicar "Samuel Beckett, el último modernista" de Anthony Cronin, una copiosa biografía del autor de "Esperando a Godot". Al hilo de este libro, revisamos aquí la figura del irlandés trasplantado a Montparnasse que en apenas cinco años revolucionó la novela y el teatro del siglo XX. **texto CARLES BARBA**

**"N**aciste en Viernes Santo tras largos dolores de parto", escribió Samuel Beckett de sí mismo en una obra ya tardía, *Compañía*.

Vino al mundo, en efecto, el 13 de abril de 1906, y la fecha no pudo ser más idónea, habiendo de ser él, en el futuro, uno de los más notables descriptores del sufrimiento humano. Nació en Foxrock, un barrio exclusivo al sur de Dublín, donde los ricos protestantes que allí vivían se jactaban de poder pasar el día entero sin tener que hablar con ningún católico. Will Beckett, el progenitor, era un próspero negociante inmobiliario (técnicamente, un *quantity surveyor*), que había heredado de su padre, un floreciente promotor de la construcción, una respetable fortuna. Afable, atlético, extrovertido, en 1901 se casó con May Roe, una enfermera que hubo de cuidarle cuando ingresó con neumonía en un hospital local. Los Roe eran hidalgos venidos a menos —procedían de Tipperary— y May enseguida manifestó un carácter severo y religioso, y unos cambios de humor típicamente bipolares. La pareja tuvo un primer hijo, Frank, a los once meses de la boda, y en 1906 llegó Sam, que, al contrario que su hermano, se reveló delicado y enfermizo. Para entonces, Will se había construido una mansión en el barrio, con vistas a los montes de Dublín y al mar, a la que llamó Cooldrinagh.

La niñez de Sam no resultó lo feliz que podía esperarse de un marco tan favorable. La madre, beata sin remisión, leía la Biblia a diario a los niños, y les hacía decir oraciones y cantar himnos. Mientras que el padre, al llegar del trabajo, se mostraba accesible y campechano, May, si su pequeño cometía travesuras, no dudaba en atizarlo (con las manos o la escoba). Y, en una ocasión en que ambos salieron a pasear y el chico cándidamente le preguntó cómo era posible que el cielo estuviese tan alto, al parecer ella le cortó: "Vete a la mierda". Más comprensión halló Sam en una aya (Bibby) que desde sus 3 años hasta la adolescencia le contaba cuentos de hadas y fantasmas tomados del folclore insular. El niño se desquitaba también de las tabarras piadosas de su madre gracias a su padre, que se lo llevaba de la mano a caminar por los páramos, en marchas de varias horas, y le señalaba los montes, islas y faros más visibles.

Beckett fue arrancado de ese microcosmos familiar a los 14 años, cuando le enviaron al colegio de Portora Royal, en el norte de Irlanda. Era un internado protestante selecto, con cabida para 120 alumnos (Oscar Wilde fue antaño uno de ellos) y un estilo educativo tirando a espartano. Frank precedió a Sam

el centro, y le allanó el camino porque, en lo que capitán del once de críquet, gozaba de gran popularidad. Aunque taciturno, Sam destacó también entre sus compañeros, anudó una amistad de por vida con George Thompson (futuro psicólogo clínico) y destacó en críquet, el rugby y el boxeo. Su interés por la poesía despuntó asimismo allí, y con George Thompson llegaron a memorizar la *Oda a un ruiseñor* de Keats, tumbados un hermoso día bajo un árbol.

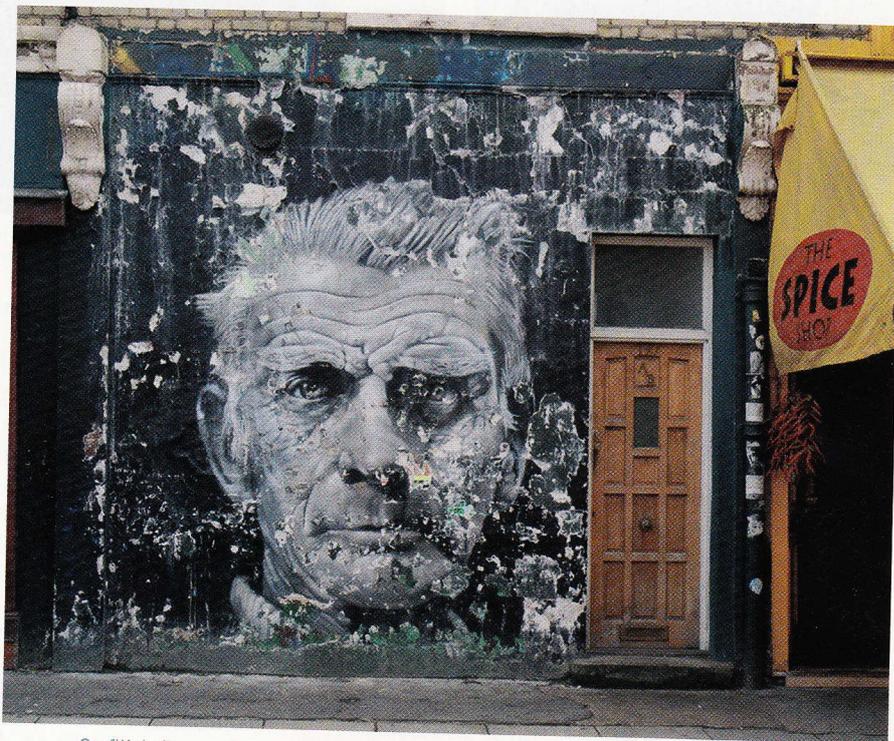
En todo caso, el florecimiento intelectual de Beckett no se produjo hasta 1923, con su ingreso en el Trinity College dublinés. Entró en la facultad de artes para cursar lenguas modernas, y en principio siguió dedicando muchas horas a los deportes, ahora (además de críquet) el golf y las motos. En esta inspección, también de sello protestante, en la que habían estudiado glorias como Swift, Keats, Keats, Berkeley o Burke, su amigo más cercano fue Bill Cunningham, con el que comenzó a dar caminatas por el campo. También, al amparo del Trinity, se aficionó a la música clásica y a la farándula, y empezó a frecuentar el Abbey Theater, donde entonces estaban a menudo en cartel las obras de Shaw y Shaw. Ahora bien, su eclosión como escritor de letras se dio al contacto con R.B. Brown, profesor de literatura francesa que les enseñaba desde los trovadores hasta las últimas tendencias, es decir, Verlaine, Mallarmé, Fargue o Valéry. Con Rudmose-Brown descubrió a Racine, del que leyó con entusiasmo sus dieciséis piezas teatrales. Otra noticia importante para Sam resultó su conocimiento particular de italiano, Blanca Espinosa que le puso en contacto con Dante. *La Divina Comedia* magnetizó su imaginación por ninguna otra obra, y más adelante su lenguaje literario iba a tomar el nombre de Dante, uno de los condenados del Infierno por el pecado de indolencia.

## 2" Joyce

Lo cierto es que, en aquella época, a sus 20 años Beckett, cada vez que volvía a casa, se sentía más extraño y ajeno a sus valores, y a los industrioses Will y May, se enredaba en ensoñaciones vagas. Cuando Rudmose-Brown le ofreció la ocasión de viajar a Francia no se lo pensó dos veces y, con un compañero norteamericano llamado Charles Clarke, hizo una gira en bicicleta por los castillos de la zona. A su regreso al Trinity, conoció a un joven francés de origen irlandés, enviado allí desde la École Normale Supérieure, y que aumentó si cabe aún más su interés por la literatura. Y, en noviembre de 1928, Beckett tuvo la oportunidad de ir él mismo a la École

Normale parisina, en calidad de *lecteur* por el plazo de dos años. A su llegada se acaba de estrenar *Le Chien andalou*, y Paris, al decir de Cocteau, bullía entonces con "la loca prodigalidad de una ciudad de genio". El joven Sam, en todo caso, no se arrimó a las vanguardias parisinas sino a los expatriados anglosajones. Tuvo un golpe de suerte: en la École intimó con otro *lecteur* irlandés, Tom MacGreevy, trece años mayor (y católico), y éste (que habría de ser amigo de por vida) le puso en relación con el círculo de James Joyce, por en-

ban para rumiar sus propios pensamientos solitarios o paseaban largamente por el Sena, talmente como Bloom y Dedalus en *Ulises*, y tan peripatéticos como ellos. Entretanto, el joven *lecteur* irlandés había empezado a dar muestras de talento literario propio: en 1929 aceptó escribir una monografía sobre Proust para Chatto and Windus, y se sumergió en la *Recherche*, donde encontró trozos "incomparables" y otros "artificiosos". Y también en 1929 escribió para Nancy Cunard, editora de Hours Press, un poema de 98 versos sobre



Grafiti dedicado a Beckett que hasta 2009 podía verse en la Portobello Road de Londres.

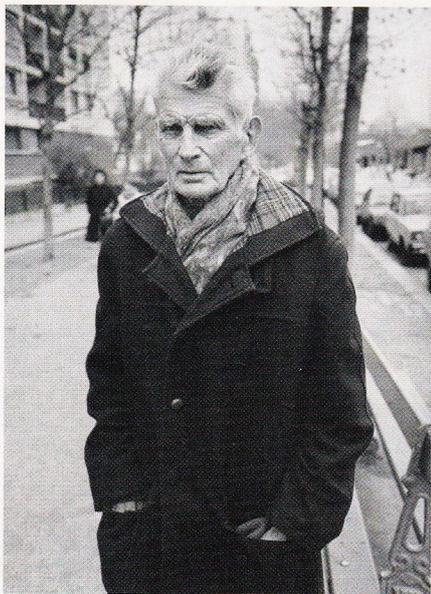
tonces ya un autor legendario. Se conocieron en una cena, y a pesar de llevarse veinticuatro años –los mismos que se llevaban Haydn y Mozart– se reconocieron afines en muchos aspectos, y Joyce no tardó en captarle como lector en voz alta (su progresiva ceguera le inhabilitaba para ello) y, sobre todo, como traductor al francés de su *Finnegans Wake*, obra en la que estuvo embarcado hasta el cuello. Beckett pronto se introdujo también en la familia Joyce, y se hizo indispensable para todos ellos, en particular para la hija, Lucia, que se prendó de él (y él hasta cierto punto de ella, hasta que su alarmante inestabilidad psíquica empezó a distanciarle). *Chez* los Joyce, la jarana estaba asegurada, acudían a la velada de los irlandeses, corría el alcohol, y Joyce acababa entonando baladas con su magnífica voz de tenor ligero. Ésta es sólo una parte de la historia: Joyce y Beckett también se junta-

**Al llegar a París no se arrimó a las vanguardias sino a los expatriados, y así conoció a Joyce.**

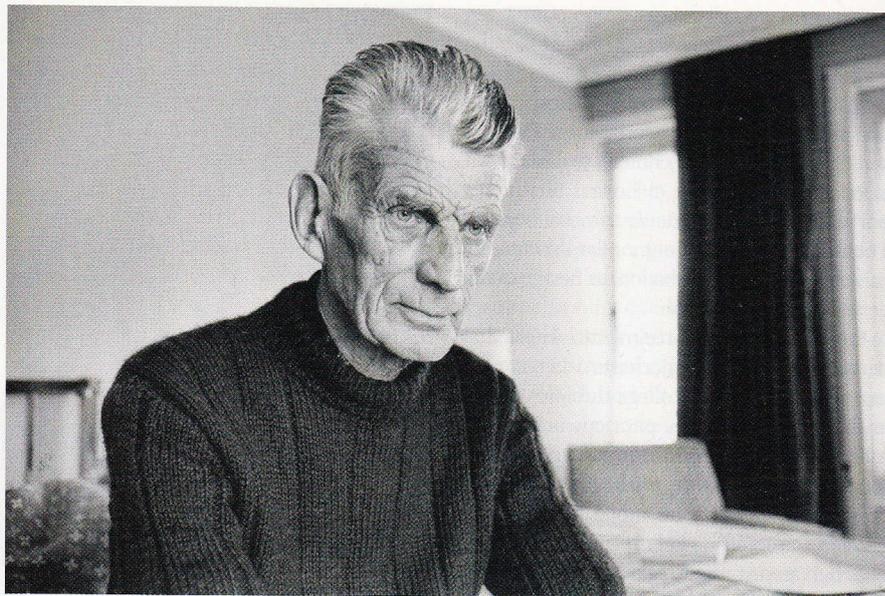
Descartes, *Whoroscope*, que causó admiración por su técnica e imágenes.

Tras la experiencia liberadora de París, la vuelta a su Dublín natal en 1931 representó para Beckett casi un trauma. Rudmose-Brown ya no tenía en su opinión carisma, y el hogar familiar le fastidiaba. Salió de este *impasse* aceptando dar clases de literatura en el Trinity, pero no tardó en acusar "el absurdo de enseñar a los demás lo que yo mismo no sé", y tras dos cursos abandonó. Vienen





Beckett en París en 1985.



El escritor no quiso renunciar a su aislamiento ni para ir a recoger el Nobel de Literatura.

ahora unos años de bandazos, en los que va y viene de Dubín a Kassel (donde tenía una segunda familia, la hermana de su padre), y de Kassel a Londres, afanado en libros incipientes, como la novela *Sueño con mujeres que ni fu ni fa* (recientemente recuperada por Tusquets), y sucumbiendo a menudo a períodos abúlicos y a etílicos peregrinajes por pubs y tugurios. La súbita muerte de su padre en 1933 (“lucha, lucha, lucha”, fueron sus últimas palabras) alivió su situación económica, y desde entonces dispuso de doscientas libras anuales, lo que no era poco. Su madre encaró la viudedad lúgubrememente, y en la casa de Foxrock las cortinas siempre estaban echadas y el duelo era permanente. Beckett, cada vez más descorazonado y neurótico, decidió someterse a un psicoanálisis y en Londres se puso en manos de W.R. Bion. Al cabo de ciento y tantas sesiones, acudió a una conferencia de Jung en la capital del Támesis, y allí creyó vivir una epifanía: el suizo se refirió a una chica cuyo caso clínico no descifraba hasta que un día “pude comprender que la muchacha en realidad no había nacido jamás”. Beckett, de repente, creyó ver la luz sobre su propia sensación de alineación en el mundo, y asimismo creyó entender por qué siempre había sentido que tenía recuerdos del útero materno.



### CROIX DE GUERRE POR RESISTENTE

Tras escapar del París colaboracionista, mientras se hallaba escondido en el pueblo de Rousillon, Samuel Beckett llegó a sumarse a una guerrilla local que organizó una emboscada a una columna alemana. La cosa al final quedó en nada pero, tras la liberación de Francia por los aliados, Beckett se enteró de que se le había condecorado con la Croix de Guerre.

### “No lo sé”

En cualquier caso, alrededor de 1935-36 todavía no tenía idea de qué clase de escritor quería devenir. Su maduración en este sentido resultó muy lenta. Tuvo antes que romper con Irlanda, y un humillante juicio en el que testimonió a favor de un pariente y del que salió trasquilado le desarraigó por fin de su país. A partir del otoño de 1937 se instaló definitivamente en París, de donde ya no se moverá. Una razón que retardó su profesionalización literaria fue las dificultades que halló para publicar sus libros. *Murphy*, su primera novela, fue rechazada por al menos una docena de editoriales inglesas y norteamericanas. Desde luego, los dos ejemplares (¡sólo dos!) que se vendieron de su tomo de relatos *More Pricks than Kicks* era un dato que hablaba muy en su contra. Por fin, el crítico de arte Herbert Read se interesó por *Murphy*, y patrocinó su edición en Routledge and Kegan Paul. Las galeradas le llegaron a su autor en un mal trance: hospitalizado tras ser apuñalado por un proxeneta en Montparnasse. Salvó la vida de milagro (el navajazo a punto estuvo de traspasarle la pleura), pero arrastró esta lesión hasta su muerte. “No lo sé”, contestó el agresor cuando Sam le preguntó por qué

**Acuchillado sin motivo por un proxeneta de Montparnasse, salvó la vida de milagro.**

lo había hecho, y esta respuesta habría de afianzarle en su convicción del sinsentido del obrar humano. Beckett, afortunadamente, en aquel entonces había encontrado a una mujer decisiva en su biografía. Suzanne Descheveaux-Dumesnil daba clases de piano, era seis años mayor que él y bajo su influencia, empezó a ser más un francés que un expatriado. A su vera empezó también a escribir en francés, curiosamente poemas, que más tarde se publicarían en la revista de Sartre *Les temps modernes*. Suzanne poco a poco le fue transformando: dejó de quedarse en cama la mitad del día, y cuando los alemanes invadieron Francia y más tarde siguió el armisticio, ella lo implicó en la Resistencia, y trabajó como informador dentro de células clandestinas. Los nazis no tardaron en perseguir a estos activistas, y Suzanne y Sam hubieron de abandonar París y esconderse finalmente en un pueblo del sur, Rousillon. Allí él comenzó a escribir la novela *Watt*, que le publicaría Olympia Press en 1953.

Sin duda, las penurias que pasó en estos años bélicos (y la pérdida de dos amigos en campos de concentración, Paul Leon y Alfred Péron) le marcaron profundamente,

pusieron en el camino de descubrir su propia voz. La revelación le vino frente al mar, en el puerto irlandés de Killiney, donde pasaba unos días en casa de su hermano Frank. Durante una noche de tormenta entendió que, en lugar de escribir sobre el mundo exterior, su deber era sondear el mundo interior, con todas sus tinieblas e incertidumbres. Y a partir de aquí se afianzó en su voluntad de abrazar el francés, su lengua en la que "era más fácil escribir en un estilo". El inglés, con su capacidad de captación sensorial, se le antojaba "un idioma que ha de rasgarse para acceder a las cosas"; y en cambio el francés, al no ser su lengua congenial, le conducía naturalmente a unos registros ascéticos, con los que resultaba más plausible alcanzar las realidades esenciales.

Se reintegró Beckett a su cotidianidad francesa en su casa de la rue des Favorites, donde volvió sin más a su nueva forma de ver las cosas. Y, entre 1946 y 1950, vivió una vida creadora sin parangón en toda su carrera de escritor. Con bloqueos y desfallecimientos, pergeñó el relato *Molloy* y, casi tomar aliento, siguió con *Malone muere*, escrito que acabó en su casa natal de Dublín (donde su madre aún vivía). Y, para darse de trabajar en esta "prosa española", se puso a imaginar una pieza teatral, al menos que *Esperando a Godot*. La obra nació en un lapso muy breve, apenas unos meses "maravillosos y liberadores", tras retomar fuerzas se enfrascó en el siguiente tomo (*El innombrable*) de lo que sería una compacta trilogía narrativa.

Descontento, pero aún lleno de ideas y proyectos, escribió a continuación *Textos perdidos*, trece piezas narrativas cortas, y publicó así unos *annus mirabilis* (1945-1950) cuya cosecha sentaría las bases de su creación. En 1950, en cualquier caso, con estos materiales seguían inéditos, y fuera la novela *Watt* había encontrado a Suzanne resultó providencial a la hora de colocar las nuevas creaciones de Beckett. Ella contactó al director teatral Roger Blin y le interesó en el *Godot*, y ella se ocurrió de tantear un pequeño teatro en las Editions de Minuit, a cuyo mando estaba Jérôme Lindon. Éste dio un vistazo a Beckett y sufrió su inmediato embrujo. Llamó a Suzanne y le confesó que era la obra más fascinante que había leído en toda su vida, y se comprometió ipso facto a publicar la trilogía entera. Beckett, al principio resistió (pensaba que arruinaría a su vida si daba el plácet). *Molloy* salió finalmente a la calle el 15 de marzo de 1951, y

las críticas por suerte fueron entusiastas. En setiembre salió *Malone muere*, y otra vez críticos de la categoría de Nadeau o Bataille la saludaron con vítores. *El innombrable* (aparecida en 1952) iba a encandilar a otro primer espada, Maurice Blanchot.

### Del "Godot" al Nobel

El triunfo más sonado de Beckett aconteció el 5 de enero de 1953, con el estreno en el Théâtre de Babylone de *En attendant Godot*, en un montaje dirigido por Roger Blin. Todo salió a pedir de boca, Lucien Raimbourg y Pierre Latour bordaron sus

considerada teatro del absurdo como el que practicarán Ionesco o Adamov. En 1955 pudo rematar otra gran pieza teatral, *Fin de partida* y, tras su estreno en el Royal Court de Londres y el Studio des Champs-Élysées de París, Vivian Mercier escribió que era una obra de arte brotada de la bomba atómica y de la bomba de hidrógeno. Su autor era también muy consciente de su corrosividad, y aseguró que si se montaba en un teatro pequeño, "las garras se clavan".

A partir de entonces, Beckett (consciente de su imparables popularidad) veló con

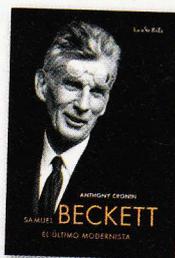
## Las funciones del "Godot" se llenaron y, entre alguna deserción, el público supo interpretar la ansiedad de los mendigos como propia del género humano.

papeles de Vladimir y Estragón, y Jean Anouilh, en *Arts-Spectacle*, pudo decir que la *première* podía equipararse en importancia al estreno en 1923 de *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello. ¿Entendió el público la obra? Al parecer acudió en masa al Babylone y se llenaron todas las funciones, aunque a veces algunos se marchaban después del primer acto. Los espectadores más perspicaces sin duda se identificaron con un comentario que el crítico Sylvain Zegel escribió en *Libération*: "Estos dos mendigos representan a todo el género humano y sueltan comentarios que cualquiera de nosotros podría soltar".

Lamentablemente, la madre del escritor, May Roe, no pudo ver la consagración de su hijo, porque murió en 1950, de una larga enfermedad. Tampoco su hermano mayor (que falleció en 1954) alcanzó a calibrar el estatus logrado por Sam, al que por lo general tuvo siempre por una mente descarriada. Beckett, en todo caso, sí apreció el cambio en la estimación de su figura y de golpe se halló solicitado por un importante editor norteamericano, Burney Rosset (de Grove Press), y vio surgir a su alrededor a toda una cohorte de admiradores. Aceptará más o menos condescendientemente que, más tarde, se le acerque al *nouveau roman* que nacerá al amparo también de Jérôme Lindon, pero en cambio rechazará que su dramaturgia sea

especial celo por su privacidad y repartió su tiempo entre la margen izquierda de París y una casa de campo que compartía con Suzanne en Ussy sur-Marne. Muy pocos requerimientos lo sacaban de su existencia apartada, y ni siquiera el Nobel, que se le concedió en 1969, le hizo comparecer en Estocolmo. Mandó en su nombre al editor Jérôme Lindon tras rechazar que le representase el embajador de Irlanda en Suecia. En esta década apareció por cierto en sus rutinas una atractiva productora de la BBC, Barbara Bray, y Suzanne tuvo que transigir en que él la tomase probablemente como amante. A su modo siguió siendo leal a su compañera, y más tarde se casó con ella, entre otras cosas para que heredara su patrimonio y los derechos de sus obras. Por lo demás, tras la trilogía, el *Godot* y *Fin de partida*, Beckett aún alumbró algunas obras importantes, como el montaje

*La última cinta de Krapp*, la novela *Cómo es* o incluso una colaboración cinematográfica con Buster Keaton, *Film*. En 1988 hubo de ingresar en una *maison de retraite* parisina, y allí fue a buscarle la muerte, tras un largo declive, el 22 de diciembre de 1989. Seis meses antes había muerto Suzanne y, sólo un mes antes de su propio deceso, Beckett pudo intuir el alba de un mundo nuevo, cuando vio por la tele la caída del muro de Berlín. ■



**Samuel Beckett. El último modernista**  
Anthony Cronin  
La Uña Rota  
656 págs. 25 €.